

tado por el vino que había bebido, la historia de David y de Cecilia, mezclando á cada paso chistes groseros y horribles. Había olvidado decirnos que el propietario, después de haber violentado á la infeliz esclava, la encerró en un calabozo para vengarse de sus desdenes. Al oír S. A. R. una historia tan horrible, creyó que Mr. Willis se alababa de lo que no existía ó por lo menos que estaba ebrio: estaba en efecto borracho, pero lo que refería era la pura verdad. Para disipar la incredulidad de monseñor, levantóse de la mesa el hacendado y mandó á un esclavo que encendiese una linterna y nos condujese al calabozo de David.

— ¡ Ah ! veamos.

— Jamás he visto un espectáculo tan horrible. David y Cecilia, macilentos, descarnados, medio desnudos y cubiertos de heridas, estaban atados por la cintura á una cadena en dos extremos opuestos del calabozo. Parecían dos espectros á la débil luz de la linterna que alumbraba aquel tenebroso cuadro. David no profirió al vernos una sola palabra: su mirada tenía una fijeza espantosa. El hacendado le dijo con una ironía cruel: « ¿ Qué tal, doctor, cómo anda eso ?... » El negro sólo respondió con un ademán y una palabra sublimes: elevó lentamente el brazo derecho, señaló con el índice á la bóveda, y sin mirar á su amo dijo con voz solemne: « ¡ Dios ! » y volvió á guardar silencio. « ¿ Dios ? » repuso el hacendado prorumpiendo en una carcajada: « anda y dile á Dios que te venga á arrancar de mis uñas !!!... » Y cada vez más fuera de sí por el furor y la embriaguez, añadió esta horrenda blasfemia: « ¡ Si, le desafío á que me robe mis esclavos antes de que mueran !... ¡ Si no lo hace, niego su existencia !... »

— ¡ Qué loco, brutal y estúpido !

— Esto nos llenó de disgusto, y monseñor no dijo una sola palabra. Salimos de aquel antro, que estaba situado á la orilla del mar lo mismo que la casa, y volvimos á bordo de nuestro bergantín que se hallaba fondeado á corta distancia. Á la una de la noche, cuando toda la gente de la hacienda estaba entregada á un profundo sueño, saltó monseñor á tierra con ocho hombres bien armados, dirigióse al calabozo, forzó las puertas, sacó de la prisión á David y Cecilia y trajo consigo ó bordo las dos víctimas sin que nadie hubiese observado nuestra expedición. En seguida monseñor y yo nos dirigimos á la casa del hacendado. ¡ Es bien extraño que estos hombres que atormentan á sus esclavos, no tomen contra ellos la menor precaución, pues duermen con las puertas y ventanas abiertas ! Llegamos sin el menor obstáculo al cuarto en que dormía Mr. Willis, el cual estaba alumbrado por una lamparilla; monseñor despertó al hacendado, y éste se incorporó en el lecho con la cabeza entorpecida aún por los vapores de la borrachera. « Esta noche habéis desafiado á Dios preciándoos de que no sería capaz de arrebatáros vuestras dos víctimas... antes de su muerte. Sacólas ya de vuestro poder... » — dijo monseñor; y cogiendo

luego un talego en que llevábamos 5,000 duros en oro, lo arrojó sobre la cama del hacendado añadiendo: — « Ese dinero os indemnizará de la pérdida de los esclavos... Á vuestra violencia que mata, opongo una violencia que redime... ¡ Dios nos juzgará!... » Y desaparecimos dejando á Mr. Willis atónito, inmóvil y creyendo que era un sueño todo lo que pasaba. Algunos minutos después se había hecho á la mar nuestro bergantín.

— Me parece, querido Murph, que S. A. R. pagó con exceso á ese miserable la pérdida de sus dos esclavos; porque en rigor David no le pertenecía ya.

— Habíamos calculado el costo de los estudios de David por espacio de ocho años, y el triple valor, por lo menos, de éste y de Cecilia como simples esclavos. Ya sé que nuestra conducta era contraria al derecho de gentes... pero si hubierais visto la horrible agonía de aquellos dos desgraciados, si hubierais oído el desafío sacrilego de aquel hombre ebrio de vino y de ferocidad, comprenderíais fácilmente por qué monseñor se ha determinado á *hacer el papel de la Providencia*, como dijo S. A. R. en aquella ocasión.

— Eso es tan in controvertible y tan justificable como el castigo del Maestro de Escuela, mi querido Murph. ¿ Y no tuvo más consecuencias esa aventura?

— Ninguna podía tener. El barco llevaba bandera dinamarquesa; S. A. R. guardaba el incógnito más severo y pasábamos por ingleses ricos. ¿ Á quién se hubiera quejado ni dirigido sus reclamaciones Mr. Willis? Además, él mismo nos había dicho, y el médico de monseñor lo ha confirmado en un proceso verbal, que los dos esclavos no hubieran vivido ocho días en el horrible calabozo. Hubo que recurrir á los mayores esfuerzos para salvar á David y á Cecilia de una muerte casi inevitable; pero al fin se consiguió restablecerlos, y desde entonces permaneció David en clase de médico al lado de monseñor, á quien profesa la veneración y el afecto más entrañables.

— ¿ Se casó David con Cecilia al llegar á Europa?

— Ese matrimonio, que prometía ser tan feliz, se celebró en la capilla del palacio de monseñor; pero Cecilia por un trastorno singular de su conducta, apenas se vió en situación tan inesperada, cuando olvidada de todo lo que David había padecido por ella y de lo que ella había sufrido por él, y avergonzada de verse unida á un negro en este continente, se dejó seducir por un hombre depravado y cometió el primer delito: cualquiera hubiera dicho que la perversidad natural de esa desgraciada, hasta entonces oculta, sólo esperaba este peligroso estímulo para manifestarse con una espantosa energía. Sabéis ya todo lo demás y el escándalo de sus aventuras. Al cabo de dos años de unión conyugal, David, que tenía en ella tanta confianza como era vehemente el amor que la profesaba, llegó á conocer su proceder infame, y este golpe terrible le despertó de su ciega seguridad.

— Dicen que quiso matar á su mujer.

— Sí; pero consintió por fin en que fuese encerrada en un castillo por toda la vida á instancias de monseñor... Y esa misma prisión es la que monseñor acaba de abrir... con asombro vuestro y mío: no quiero ocultároslo, mi amado barón. Pero se hace ya tarde, y S. A. R. quiere que vuestro correo salga lo más pronto posible para Gerolstein...

— Antes de dos horas estará en camino. Adiós, querido Murph... hasta la noche...

— Hasta la noche.

— ¿ Os habéis olvidado de que hay gran baile en la embajada de ***, al cual debe asistir S. A. R.?

— Es verdad... Desde que se ausentaron el coronel Varner y el conde de Harneim, me olvido siempre de que tengo que desempeñar las funciones de gentilhomme y de edecán...

— Ahora que habláis del conde y del coronel... ¿ cuándo volverán? ¿ Darán pronto fin á su misión?

— Ya sabéis que monseñor desea tenerlos lejos de sí el más tiempo posible, á fin de estar solo y obrar con más libertad... En cuanto á la misión que les ha encargado S. A. R. para desembarazarse de ellos con disimulo, enviando el uno á Aviñón y el otro á Estrasburgo... os la confiaré un día que estemos los dos de mal humor... porque yo desafiaría la seriedad del mayor hipocondríaco y me comprometería á hacerle reír, no sólo con esta confianza, sino también con alguna de las instrucciones que han llevado ambos caballeros, los cuales tomaron su pretendida misión con una formalidad increíble...

— Con franqueza os digo que yo no he comprendido jamás la razón por qué S. A. R. había encargado al coronel y al conde ese servicio especial.

— ¡ Qué decís! ¿ No es el coronel Varner el tipo militar más admirable? ¿ Hay en toda la confederación germánica una talla más completa, bigotes más lucidos ni aire más marcial? Y cuando se pone cinchado con caparazón y brida de gala, ¿ puede darse un aire más triunfante y glorioso?... ¿ puede haber en el mundo más completo... animal?

— Es claro... pero justamente esa belleza le impide tener un aire excesivamente intelectual...

— ¡ Ahí está la cosa! por eso dice monseñor que, gracias al coronel, se ha acostumbrado ya á tolerar las gentes más importunas y pesadas del mundo... Antes de dar algunas audiencias mortales se encierra media hora con el coronel... y sale de la entrevista capaz de hacer frente al mismo tedio en persona...

— También el soldado romano calzaba sandalias de plomo antes de emprender una marcha forzada, para que la fatiga se le hiciese más llevadera después de quitárselas. Ahora sí que aprecio la utilidad del coronel... ¿ Pero el conde de Harneim?...

— También es de suma utilidad para monseñor : siempre que ve á su lado esa calabaza hueca, tersa y sonora ; al ver ese pellejo hinchado y lleno de... nada, tan magníficamente ataviado que representa la parte teatral y pueril del poder soberano, conoce monseñor la vanidad de esas pompas estériles y más de una vez ha debido á la contemplación del inútil y relumbrante gentilhomme las ideas más serias y fecundas.

— Pero seamos justos, amigo mío : ¿ en qué corte se hallaría un modelo más perfecto de gentilhomme ? ¿ Quién conoce mejor que Harneim las innumerables reglas y tradiciones de la etiqueta ? ¿ Quién llevaría con más gravedad una cruz de esmalte al cuello y más majestuosamente una llave de oro á la espalda ?

— Á eso dice S. A. que la espalda de un gentilhomme tiene una contextura particular, porque se ve expresada la sumisión y la altanería alternativamente. En la espalda del gentilhomme brilla el signo simbólico de su empleo... y por eso, según dice monseñor, el dignísimo Harneim parece siempre dispuesto á presentarse de medio lado, para que se vea desde luego toda la altura de su valimiento...

— El hecho es que el asunto de la incesante meditación del conde es inquirir por qué fatal accidente se ha imaginado poner á la espalda la llave del gentilhomme... porque como dice él con harta sensatez y pesadumbre « ¡ qué diablo ! las puertas no se abren, ni se habla á la gente por la espalda ! »

— ¡ El correo, el correo, barón ! — dijo Murph señalando al reloj.

— ¡ Qué maldito de hombre ! siempre me hace charlar más de lo que conviene... vos tenéis la culpa... Ofreced mi respeto á S. A. R. — dijo el barón de Graün corriendo á tomar el sombrero. — Hasta la noche, querido Murph.

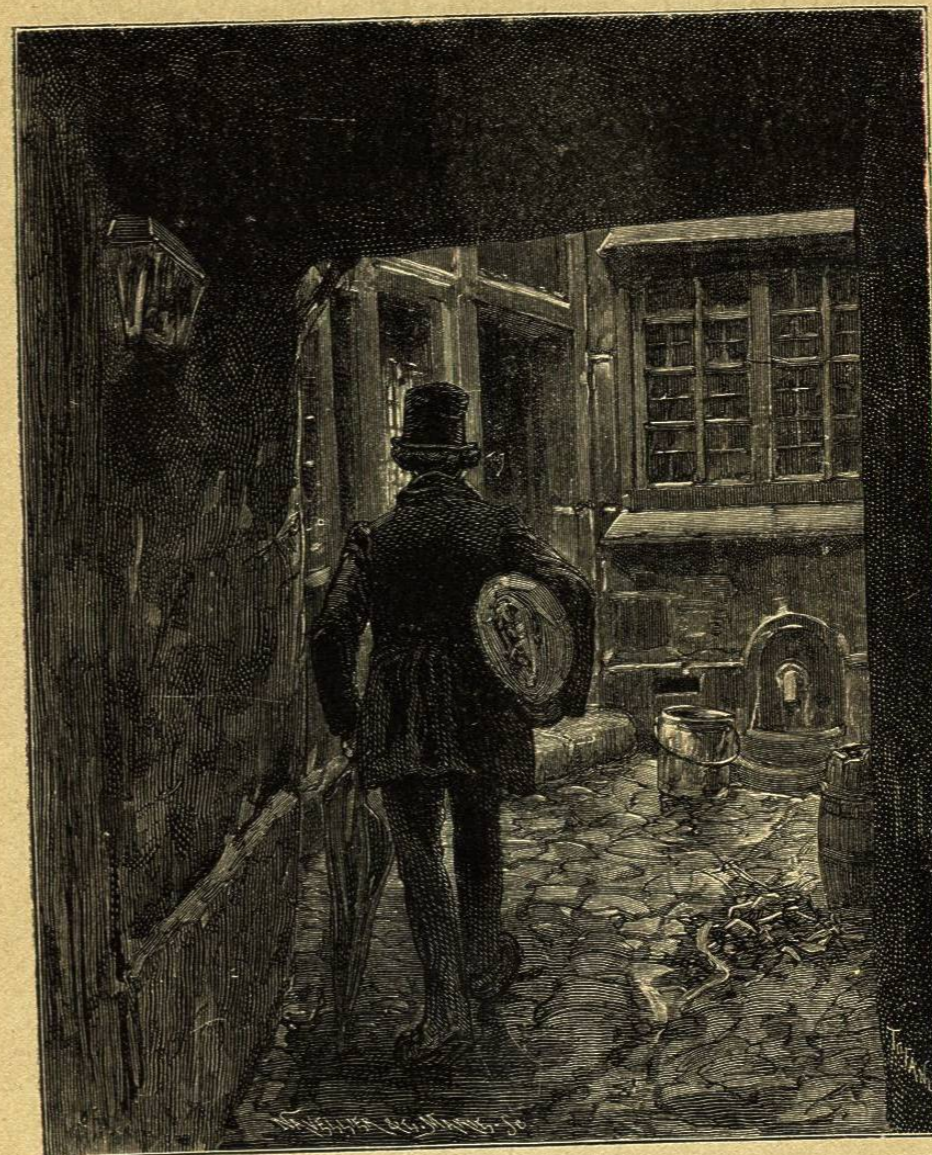
— Hasta la noche, querido barón... algo tarde, porque estoy seguro de que monseñor querrá visitar hoy mismo la casa misteriosa de la calle del Templo.

VI

LA CASA DE LA CALLE DEL TEMPLO

Queriendo aprovechar Rodolfo las noticias que el barón de Graün había recogido sobre la Cantaora, y Germán, hijo del Maestro de Escuela, determinó ir á la casa de la calle del Templo, en donde Germán había vivido últimamente, con ánimo de descubrir la habitación actual de aquel joven por medio de la señorita Alegría : tarea harto difícil, porque la joven modista debía saber acaso que el hijo del Maestro de Escuela tenía el mayor interés en que se ignorase absolutamente su nueva morada. Alquilando en la referida casa el

cuarto en que había vivido Germán, Rodolfo facilitaría sus indagaciones, y sobre todo hallaría ocasiones de observar de cerca las distintas personas que habitaban el edificio.



¿ Á dónde vais ?

El mismo día del coloquio del barón de Graün con Murph, se dirigió Rodolfo hacia las tres de la tarde á la calle del Templo, disfrazado con un traje humilde. Esta casa, situada en el centro de un barrio comercial y populoso, nada tenía